

A black and white portrait of a man with short, light-colored hair, wearing glasses, a white shirt, a dark tie, and a dark suit jacket. He is looking slightly to the right of the camera with a neutral expression. The background is a plain, light color.

**ENGRACIO ARANZADI "KIZKITZA":  
LA SIEMBRA DE UNA PATRIA**

*Conferencia a cargo de Patxi Agirre  
19 de Diciembre de 2024*

“La siembra de una patria”, el título que he elegido para encabezar esta conferencia, no es una elección casual ya que alude a “Ereintza” (siembra) el último libro escrito por nuestro protagonista en 1935, apenas un año antes de su fallecimiento en Bilbao el 12 de febrero de 1937, un Bilbao aún libre del fascismo, un Bilbao democrático liderado por el Gobierno de Euzkadi del lehendakari Agirre

Mucho se ha hablado y poco se ha escrito de Engracio Aranzadi y, a día de hoy, más allá del estudio introductorio que Luis Castells Arteche realizó sobre la obra “La Nación Vasca” de 1931, no existe ninguna biografía completa del abertzale donostiarra. Toda una paradoja, si tenemos en cuenta que Aranzadi Etxebarria utilizó la palabra escrita (libros, infinidad de artículos en prensa) como principal vía de afirmación de Euzkadi como nación libre y como instrumento de arraigo social y expansión de la ideología nacionalista vasca, cuya aparición fue considerada por él como “el acontecimiento más grande que se registra en el orden secular de nuestra patria” ya que el despertar nacional vasco generado por Sabino Arana se producía en un contexto en el que, por ejemplo, el geógrafo anarquista francés Elisée Reclus afirmaba unos años antes que el pueblo vasco iba a desaparecer a causa de la expansión de una modernidad que acabaría con su singularidad y con su idioma.

Aranzadi nació en Donostia en 1873 pero a diferencia de sus padres, también nacidos en la capital guipuzcoana, su abuelo paterno era natural de Ezquioga, hoy Ezkio, pequeña localidad situada en la frontera entre las comarcas del Goierri y el Alto Urola. De siempre, Engracio Aranzadi mantuvo una gran afinidad con aquel pueblo de sus ancestros, hasta el punto de que el seudónimo que más utilizó en su prolífica y brillante carrera periodística, “Kizkitza” se correspondía con un topónimo de la zona, un lugar cercano al caserío familiar llamado Arantzadi (lugar de zarzas o espinar).

Tras obtener la licenciatura de Filosofía y Letras en la Universidad de Salamanca (1891), Aranzadi comenzó a dar sus primeros pasos en el mundillo periodístico a través de varios artículos publicados en el diario católico donostiarra “El Fuerista”. El 27 de agosto de 1893, Aranzadi, que ideológicamente fluctuaba entre el regionalismo y el separatismo, publicó un artículo sobre el Gernikako Arbola, pleno de sentido poético y añoranza de las viejas libertades vascas que terminaba así: “Nosotros ante el nuevo árbol de Guernica, con la rodilla en tierra y esperanza en el Cielo que siempre premió los esfuerzos de un pueblo que por él suspira, lo mismo hoy día de luto y lágrimas que mañana acaso de felicidad, en todo tiempo y lugar, embargados de inefable entusiasmo cantaremos con el simpático e inspirado bardo euskaro: *Adoratzen zaitugu, arbola santua*”.

Ese mismo día en Donostia, los asistentes al concierto de la Banda Municipal de Música pidieron que se ejecutara el “Gernikako Arbola”. Ante la negativa del director, una muchedumbre se dirigió al grito de ¡Vivan los Fueros! y ¡Muera España! al Hotel de Londres y de Inglaterra, establecimiento donde se hospedaba el presidente del gobierno el liberal Mateo Práxedes Sagasta. La ola represiva desplegada desató un amplio movimiento de respuesta vasquista tanto en Gipuzkoa como en Bizkaia. La pregunta es obligada, ¿Fue la exaltación fuerista algo casual o incidió en ello el artículo de Aranzadi?. El propio autor del texto expondría años más tarde que tan solo fue “una extraña coincidencia”, pero tampoco sería descabellado pensar en la enorme influencia ejercida por el escrito de Aranzadi en el empoderamiento fuerista de aquellos grupos ciudadanos.

En 1895, el año en que terminó sus estudios de Derecho en Deusto y el mismo año en que Sabino Arana puso en marcha el proyecto nacionalista, Aranzadi conoció a quien llamaría “El

Maestro” y el “inmortal caudillo” a través de su profesor de Derecho Procesal, D. Daniel Irujo Urrea, padre de Manuel Irujo Olló. Fue el inicio de una fructífera colaboración periodística, una intensa relación epistolar, una profunda coincidencia de pensamiento político y una gran relación de amistad no exenta, como en todas las grandes relaciones, de ocasionales desavenencias.

Aranzadi envió a Arana Goiri varios artículos para su publicación en el periódico mensual “Bizkaitarra” que Sabino dirigía en Bilbao. Uno de ellos, titulado “La invasión maketa en Gipuzkoa” y firmado con el mitológico nombre de “Basojaun”, condenaba la inmoralidad del veraneo donostiarra y sus consecuencias para un despertar nacional vasco que Aranzadi, lo explicaremos más adelante, entendía desde una visión tradicionalista. Era un texto rotundo y sin medias tintas que molestó sobremanera a los militares por este párrafo: “Entre aristócratas y plebeyos, llegaban a Donostia militares que dan miedo, porque no les cabe en el cuerpo el que les ha sugerido Maceo, pero que lucen mucho el uniforme y el imponente sable virgen lleno de roña”. Se refería Aranzadi en su alusión a José Antonio Maceo Grajales, apodado “El Titán de Bronce”, jefe del ejército libertador cubano que amenazaba la tiranía colonialista española.

Por ello, en un contexto en el que ya asomaba en el horizonte la conocida en España como “crisis del 98”, el texto fue calificado por la autoridad gubernativa como atentatoria contra la seguridad del Estado y se decretó la suspensión de “Bizkaitarra”, el cierre del “Euzkeldun Batzokija”, la prisión para su junta directiva y, cómo no, el encarcelamiento de Sabino Arana Goiri.

Años más tarde, recordando aquellos sucesos, Aranzadi se preguntaba que podía temer en aquellos tiempos Cánovas del Castillo –el conservador jefe del gobierno español– de un partido como el PNV que sólo podía mantener una sociedad y un periódico mensual. Como recordaréis, Cánovas murió en 1897 asesinado por el anarquista italiano Angiolillo en el balneario de Santa Agueda en Arrasate-Mondragón.

En su primera estancia en la cárcel de Larrinaga, Sabino no reveló la autoría del texto firmado por Basojaun y pidió a Aranzadi, a través de una carta enviada por su abogado, que cruzase la frontera y se estableciera en Iparralde para evitar problemas. También le solicitaba lo mismo Luis Arana en una sentida carta: “Le aconsejo con el corazón; pase la llamada frontera. Mi hermano jamás le descubrirá a usted, aunque lo fusilaran”.

Refugiado en Hendaia, seguía manteniendo una estrecha relación epistolar con Luis Arana, quien le informaba de que las autoridades judiciales no encontraban modo de castigar a Sabino y este finalmente, quedó en libertad a principios de 1896. Sin embargo, algo había ocurrido en aquel intervalo: Aranzadi, llamado por el cónsul español en Hendaia, declaró, “en la inteligencia de que Sabino no había de sufrir por mí” que él era el autor del infausto artículo. Fue el de Aranzadi un acto de amistad y respeto a la figura del “Maestro” pero al tiempo un acto erróneo desde el punto de vista procesal, un error que le pudo haber costado el procesamiento.

Durante aquel periodo, Sabino le hizo partícipe de los avances que registraba la implantación nacionalista: “En cuanto el partido esté consolidado en Bizkaya – le decía– convocaremos a los nacionalistas de los estados hermanos a una reunión”.

Finalmente, Aranzadi pudo volver a Donosti el 25 de junio de 1896, lamentando profundamente no haber podido acudir al sepelio de su querido aita.

Fueron aquellos primeros años, muy difíciles para la implantación del nacionalismo, principalmente en Gipuzkoa. Para que os hagáis una idea. En 1896, el periódico “Bizkaitarra”, tenía en este territorio tan solo 47 suscriptores.

En enero de 1897, nuestro protagonista obtuvo por oposición la plaza de oficial letrado en la Diputación Foral de Gipuzkoa, entonces gobernada por sectores conservadores.

También por aquellas fechas, Aranzadi recibió el encargo de Sabino para repartir en Gipuzkoa, prioritariamente en cafés carlistas e integristas, y a través de unos pocos jóvenes, la hoja titulada “El partido carlista y los Fueros Vasco-Nabarro”. Detenidos los vendedores y secuestrada la mercancía, el Gobernador denunció al presidente de la Diputación porque un empleado suyo, Aranzadi, difundía hojas separatistas. Finalmente, y aunque se había abierto un expediente informativo, el jeltzale donostiarra pudo seguir en su puesto laboral.

Ese mismo año, –año en que también tuvo que disolverse por orden de Cánovas la sociedad “Euzkeldun Batzokija”– salió a la luz el periódico semanal “Baserritarra”, auspiciado por los hermanos Arana y cuyo propósito era despertar conciencias en favor de la causa nacional vasca. Aranzadi fue el encargado no sólo de difundirlo en Gipuzkoa, sino de colaborar “con el calor del entusiasmo” a través de artículos que firmaba con el seudónimo de “Lartaun”.

Aquel mismo año, el diario integrista donostiarra “El Fuerista”, aquel en el que empezó a escribir Aranzadi, comenzó una aproximación al campo nacionalista vasco que generó cierta discrepancia entre Aranzadi y Sabino Arana. El primero, veía positiva esta nueva inclinación gradual y pausada; al segundo, no le bastaba dicha inclinación sino un cambio mucho más real, un cambio que debía producirse sorteando el riesgo de caer en el liberalismo euskalerrriako, espacio político que Sabino condenaba entonces.

Como escribió Aranzadi en su libro de 1935 “Ereintza”, considerada por algunos autores como la obra inicial de la literatura histórica nacionalista, la alarma de Sabino se debía “al temor de que su ideal degenerara en regionalismo por la influencia de los elementos euskalerrriacos, fluctuantes entre el separatismo y el viejo fuerismo”.

A pesar de aquellos desencuentros, el Bizkai Buru Batzar decidió en 1898 colaborar con el diario “El Fuerista” con la condición de que Sabino ejerciera de censor de los escritos que se remitieran y de que estos se remitieran a través de Engracio Aranzadi. Ese mismo año, el PNV entraba por la puerta grande en la política institucional saliendo elegido Sabino Arana diputado por Bilbao y también ese mismo año, el diario “El Fuerista”, nada más y nada menos que el Domingo de Resurrección (la instauración del Aberri Eguna es bastante más tardía) incorporó a su portada el lema Jaungoikua ta Lege Zarra y editó en euskera toda la sección religiosa..

La crisis española era toda una realidad y el 2 de abril el periódico católico bilbaíno “La Tralla” publicaba un duro alegato imperialista, opresor y racista contra el pueblo cubano y contra el ejército estadounidense: “Venga la guerra sin cuartel para nadie ¡Matar! ¡Robar! Hay que pelear como asesinos, no como caballeros, contra esos salvajes. ¡Españoles! Tened por cierto que toda clase de venganza nos será perdonada por el mundo civilizado”. Con la muerte de Maceo por las tropas españolas, el paroxismo españolista llegó a su cénit y dada la asfixiante atmósfera social, el diario “El Fuerista” decretó su cierre. Tal como expuso Engracio Aranzadi, se ponía fin a “11 años de existencia y solo 20 días de vida nacionalista”.

En 1899 Sabino Arana, exponía por carta a Aranzadi su profundo malestar porque elementos del partido le criticaban por haberse prometido con una aldeana y porque así, según ellos, iba a desprestigiar al Partido. En la misiva, Sabino se desahogaba ante nuestro protagonista arguyendo que Nikole, su futura esposa era, como todos los bizkainos, noble y que su casamiento iba a ser un ejemplo y no una mengua, para la Patria.

Aranzadi fue siempre el receptor de los más profundos sentimientos de angustia política del “Maestro”, de aquel fundador que, por un lado, no veía resultados claros de resurgimiento

patriótico y, por otro, estimaba que un “escenario de corrupción racial avanzaba de manera aterradora” contra Euzkadi. En una carta enviada a principios del año 1901 a Aranzadi, Sabino propugnaba por un incremento de las iniciativas abertzales e invitaba al jeltzale donostiarra a preparar trabajos con vistas al Congreso de Estudios Vascos de 1903 y animaba asimismo a este a acudir los dos a la Exposición Universal de San Luis en Estados Unidos para dar a conocer al Pueblo Vasco.

Pero aquella misiva también dejaba entrever una idea que adquiriría mayor fuerza un tiempo después: la idea del cambio de ruta para avanzar y no fracasar. Una idea que en cuanto a desarrollo práctico incluía la absoluta necesidad del fortalecimiento socioeconómico nacional creando industrias, organizando mutualidades gremiales, propiciando nuevas infraestructuras de comunicación o expandiendo el uso del euskera más allá del ámbito agrícola, incorporando su uso en todo el espectro educacional.

Ese mismo año, Sabino comunicaba a Aranzadi que se avecinaba el momento de la gran expansión del nacionalismo vasco por todo Bizkaya y también por Gipuzkoa y Navarra. Sabino confiaba en Aranzadi pero ello no implicaba que D. Engracio estuviera libre de las críticas del “Maestro”.

En aquel tiempo, Arana Goiri, encarcelado nuevamente en la prisión de Larrinaga por haber querido felicitar al presidente norteamericano Roosevelt por la independencia de Cuba, criticó duramente a Aranzadi por intentar buscar el acercamiento al nacionalismo de Rafael Picavea, empresario guipuzcoano liberal y monárquico alfonsino. Así habló entonces Sabino a D. Engracio: “Es usted una calamidad. No quiero hablar de ello. Sólo le diré que hay vicios capitales que se disfrazan de virtudes; que hay especies de modestia que ocultan verdadera pereza o abandono ¿Estoy duro? Lo merece usted y basta. Si yo hubiera pensado como usted, no hubiese existido hoy el nacionalismo”.

Fueron palabras muy duras proferidas en un momento en que Aranzadi había perdido buena parte de su patrimonio por la crisis bursátil de 1901 y sufría hostilidad en su labor profesional en la Diputación de Gipuzkoa. Aranzadi se preguntaba cómo en aquella situación y con tan solo 25 años iba a poder liderar el movimiento abertzale en Gipuzkoa.

Pero lo hizo. Y lo hizo además en un contexto en el que había compartido la carta que Sabino envió a su hermano Luis en junio de 1902. La carta decía “Mi consejo es este; hay que hacerse españolista y trabajar con toda el alma por el programa que se trace con este carácter”. La Patria nos lo exige. Esto parece un contrasentido; pero si en mi se confía debe creerse”.

Y así lo hizo el abogado donostiarra a pesar del estupor que le causó esta nueva idea de la evolución españolista. Años después, Aranzadi explicitaría los porqués del cambio de posición del “Maestro” que moriría en 1903 sin haber podido plasmar en la práctica aquel proyecto de Liga Vasco Española.

Aranzadi acometió la labor de Arana Goiri de salvar la Patria y en octubre de 1904 fue designado delegado regional de EAJ-PNV en Gipuzkoa, en una reunión celebrada en el “Centro Vasco” de la capital gipuzkoana. En ese momento, sólo cinco municipios gipuzkoanos contaban con una implantación jeltzale suficiente como para tener delegado municipal. Aranzadi ocupó el cargo hasta la constitución del primer Gipuzko Buru Batzar, el 20 de abril de 1908.

Necesitado como estaba el nacionalismo vasco “del aire de la prensa para vivir” ya que sólo contaba con la tribuna del semanario “La Patria”, Aranzadi, en 1903, había aprovechado para “su apostolado jeltzale”, la oferta de colaboración que le lanzó

Rafael Picavea, a la sazón director del rotativo donostiarra “El Pueblo Vasco”, donde escribían excelsas figuras de la cultura de la época como Ramiro de Maeztu y Pío Baroja. De esta manera “El Pueblo Vasco” se convirtió en un magnífico altavoz de propaganda y difusión de las ideas abertzales en Gipuzkoa.

La ayuda de Picavea, que durante la II República fue elegido Diputado por Gipuzkoa en las listas del PNV, no solo se limitó a prestar al mundo abertzale una tribuna editorial, sino que incluyó asimismo un notable apoyo económico para la puesta en marcha del Centro Vasco de Donostia.

Desde las páginas de “El Pueblo Vasco”, Aranzadi mantuvo una intensa polémica con el eibarrés Wenceslao Orbea, conservador españolista, experto en foralidad y letrado de la Diputación de Gipuzkoa, sobre la independencia de Gipuzkoa, argumento que Aranzadi defendía y Orbea refutaba. Para el abertzale, gran erudito en temas históricos, “No hubo reyes en Gipuzkoa, ni de Gipuzkoa, de Castilla, ni de las Indias. No los hubo, aunque se llaman reyes de Gipuzkoa a los de Castilla porque el nombre no hace nunca la cosa. Señores eran, no reyes. Fueron nombrados señores por las Juntas Generales de quienes dependían”.

Desde su cargo de Delegado Regional del PNV en Gipuzkoa, Aranzadi fue el líder indiscutible del partido en dicho territorio y como tal. En aquel periodo, Aranzadi inició, sin renuncia alguna de sus postulados sabinianos, una vía posibilista como mecanismo de avance del nacionalismo. Las fuerzas fueristas (en el contexto de la convulsa renovación del Concierto Económico), crearon la Liga Foral Autonomista buscando la desafección nacionalista a la misma pero Aranzadi optó por la táctica contraria ya que consideró esta alianza como una “calamidad aprovechable”.

El PNV se sumó desde la distancia a la iniciativa pero eso sí, con la certeza de que, como decía Aranzadi, “cuando los autonomistas trataron de mezclarnos con ellos, bajo una enseña laica y regionalista, les declaramos guerra sin cuartel”. Y el enfrentamiento estalló. El PNV no veía con buenos ojos asistir a actos presididos por grandes banderas españolas ni que se redoblaran los objetivos antiabertzales de la Liga.

Por ello, Aranzadi y los suyos programaron actos de propaganda exclusivamente abertzale a los cuales la Liga Autonomista opuso los suyos. El PNV distribuía hojas volanderas con el lema ¡Gora Jaungoikoa ta Lege Zarra al tiempo que recibía acusaciones por parte de varios párrocos de ser un “cáncer”.

En 1905, Aranzadi publicó en “La Patria” un artículo titulado “Nuestra ofrenda” calificando de blasfemia el mantenimiento de la ley de 1839. El texto fue denunciado ante la fiscalía y Aranzadi fue detenido y llevado a Larrinaga donde compartió durante varios meses celda con Teodoro Agirre, padre del futuro lehendakari.

En 1907 vio la luz el semanario “Gipuzkoarra”, cuya vida se mantendría hasta la aparición del periódico “Euzkadi” en 1913. En “Gipuzkoarra”, publicación de la que sería director, Aranzadi firmó por primera vez con el seudónimo de “Kizkitza”

Un año después, en 1908, decidió dar un paso atrás y renunciar a cualquier tipo de cargo interno en el partido. A partir de entonces ejercería únicamente a través de la prensa y de su obra literaria su “apostolado jelista”.

Como hemos indicado, 1913 vio nacer el diario bilbaíno “Euzkadi” como órgano oficial de prensa del PNV y Aranzadi fue nombrado su director. Desde este periódico que llegó a ser el segundo en cuanto a tirada en Bizkaia tras “La Gaceta del Norte”, el guipuzcoano centró su atención en las cuestiones ideológicas, programáticas y estratégicas del partido.

En 1926, dadas las dificultades para el ejercicio de la acción política abertzale que imponía la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, el EBB, ante la lamentable situación financiera del rotativo, decidió cesar como director del Euzkadi a Aranzadi, proporcionándole un puesto de colaborador que el donostiarra no vio con agrado. Su posición de liderazgo político decreció y aquella tendencia descendiente se acentuó con la llegada al primer plano político de una nueva generación de dirigentes (Agirre, Irujo, Monzón, Landaburu). Aranzadi siguió escribiendo y en esta tesitura le alcanzó la muerte en febrero de 1937.

Pero más allá de este somero retrato biográfico, sería bueno profundizar en algunos de los aspectos de su relación con el fundador del nacionalismo vasco y en los rasgos definatorios de la personalidad política de quien ha sido considerado por Luis Castells como el político más influyente del nacionalismo vasco tras Sabino Arana hasta los años 30 del pasado siglo.

Como ya hemos indicado, Engracio Aranzadi debe ser una fuente de primerísimo orden para conocer la génesis de aquel proyecto no nato de Liga Vasco Españolista que Sabino Arana pergeñó, en el tramo final de su corta vida. Y hablamos de Aranzadi como fuente indispensable porque acompañó al “Maestro” desde los primeros compases de su labor política y porque conocía perfectamente su núcleo de pensamiento.

Sobre este particular, Aranzadi escribió en 1917 que “aquella evolución que, para algunos ofuscados fue una caída era, en realidad, la inmolación perpetua de la gloria humana”, un sacrificio llevado más allá de la muerte. Para el donostiarra, Sabino pudo rendirse y haberse marchado a casa persuadido de que la semilla plantada por el PNV no llegaba a germinar por lo menos en un corto espacio temporal, pero sin embargo optó por proporcionar a la causa nacional vasca una propuesta de pervivencia, una propuesta para “salvar a la raza vasca de su disolución”.

Como expresó Aranzadi “era extremadamente dura la lucha del nacionalismo por su debilidad. Por el escaso arraigo de las nuevas ideas en días en que la generación convertida al ideal nacionalista, no se veía todavía libre de las acometidas del pensamiento antiguo “vascongado”.

Por ello, Sabino, persuadido de que la vida del país se extinguía por momentos y rápidamente, optó por priorizar el bien de la nación sobre cualquier otra consideración de índole más partidaria. Ese era para Aranzadi el secreto de la evolución españolista. Una evolución totalmente táctica ya que “A pesar de las libertades proclamadas en la Constitución española, la intolerancia tradicional de ese pueblo, hacía imposible toda labor vasca nacionalista”. Para Aranzadi, “no había cambio alguno de doctrinas. Los hechos de la nacionalidad y de la independencia del pueblo vasco, quedaron proclamados en el proyecto. El elemento nuevo suyo era, de táctica”.

En la última entrevista mantenida por Aranzadi con Sabino en Sukarrieta. Este último le dijo: “Ahora a fundar el partido españolista y a explotar a España”. Aranzadi no sólo entendió aquella postura final de Arana Goiri, sino que la argumentó de la siguiente manera: “Viendo cerrados los caminos legales de la acción política nacionalista, intentó Sabino abrir los de la acción política autonomista a fin de avanzar más fácilmente por la zona racial y el campo social”.

Uno de los rasgos definatorios de la personalidad de Aranzadi es su **religiosidad profunda e inquebrantable**, columna vertebral de su pensamiento político. Aranzadi, al igual que Sabino, no cree que el fin último del nacionalismo sea la reintegración foral o la independencia sino el servicio a Dios a través de la religión católica. Por ello, de la misma manera que Sabino expresó en su alegato de “Bizkaya por su independencia” que “sólo por Dios ha resonado”, para Aranzadi “Dios es el principio y la causa y la clave de los deberes patrios”.

Este planteamiento de subordinación de lo político a lo religioso contrastaría años después con el proceder de la nueva generación de líderes del nacionalismo cuya ideología plenamente cristiana entendía que la religión y la política han de situarse en planos distintos. Este planteamiento de total separación de planos, rompía con las ideas expresadas por Engracio Aranzadi “Kizkitza” para el que “los nacionalistas vascos somos, en último término miembros de una organización religiosa.

El afán religioso de Aranzadi llevó a éste a exigir, en las negociaciones que le llevaron a ser director del diario Euzkadi, mantener su independencia en materia religiosa cuando su criterio en este ámbito discrepara del de la dirección del partido. Si esto no fuera prueba palpable de su compromiso religioso, la inserción de las siglas O.B. en obras como “La Nación Vasca” ratifica esta posición. Dichas siglas, de las que Aranzadi se sentía enormemente orgulloso, hacen referencia al término “Oblato Benedictino” (oblato, ofrecido) que distingue a aquellos laicos que viven en el mundo inspirados por la antigua regla monástica de San Benito de Nursia cuyo lema más conocido es el de “ora et labora”.

En el marco de la Asamblea Nacional del PNV de 1920 en Donosti se manifestó contrario, a una posible “laicización” del nacionalismo o, dicho de otra manera, a que la defensa de la libertad nacional se convirtiera en la máxima prioridad del Partido por encima de la religiosa.

Su catolicismo paso una dura prueba en 1923 cuando el obispo de Vitoria Leopoldo Eijo y Garay lo excomulgó como responsable subsidiario, en su calidad de director del diario Euzkadi, por la publicación de un artículo firmado por Pantaleón Ramírez de Olano (dirigente alavés jeltkide) que criticaba las declaraciones del arzobispo de Burgos, cardenal Benlloch con ocasión de la coronación canónica de la Virgen de Estibaliz.

Estos postulados religiosos de Aranzadi bien pudieran calificarse como **integristas**, entendiendo este modelo ideológico como aquel que defiende la postura dentro del catolicismo político de mantener inalterada la integridad de los principios de la política católica. Un modelo cuya sistematización moderna llegó en 1885 a través de la encíclica *Inmortale Dei* del papa León XIII en la que se expresaba en contra de la secularización y reafirmaba la importancia de un Estado que reconociera a la Iglesia como la autoridad suprema en un determinado país o territorio.

Durante la etapa republicana, en un contexto sociopolítico de enorme movilización católica en contra del laicismo republicano, Aranzadi exhortó a las masas a que se unieran al PNV “*para impedir el derrumbamiento de las instituciones católicas*” y en abril de 1934 escribía en el diario Euzkadi que “por encima de los intereses de los partidos y de los pueblos, están los de la religión. Mezclarlos es, sobre todo, indigno y peligrosísimo”.

Resultaba este un modelo no conforme con el concepto teórico de “nueva cristiandad” propuesto por el filósofo francés Jacques Maritain, una de las voces intelectuales más influyentes para la nueva generación de jóvenes dirigentes jeltkides que a partir de los años treinta del pasado siglo liderarían el partido.

La “nueva cristiandad” maritana apartó el integrismo religioso con su aspiración hegemónica y el Estado aparece fuera de cualquier atisbo de confesionalidad, tutelando todas las confesiones religiosas presentes en la sociedad. En este modelo social, no importará tanto la creación de fuerzas políticas confesionales sino la participación de los laicos cristianos en todos los órdenes sociopolíticos con un objetivo de engrandecimiento moral.

En las obras literarias de Aranzadi, no hay referencias explícitas a esta corriente de pensamiento, pero en la etapa final de su vida se situó en tesis de compromiso y defensa del proletariado, tesis estas próximas a la ideología democristiana: “Para que la libertad arraigue ha de descansar en la honradez y en la independencia económica”. Aranzadi no dudó tampoco en criticar al capitalismo como factor de desajuste y a la plutocracia de la industria bizkaína como causante de poner freno al avance del nacionalismo

Como Sabino Arana, Aranzadi también compartía una **visión apocalíptica** de la situación de Euzkadi afirmando que “ Existe una patria que agoniza, pero nos está vedado su guarda; un pueblo vasco que entre luces, flores y fastuosidad se corrompe hasta la médula de los huesos, pero no podemos sanarlo; una lengua nacional que por momentos se extingue, pero no podemos reanimarla. Y, sobre todo, existe una fe santa y redentora que vertiginosamente se apaga”.

Para él, la vía para frenar aquella enfermedad degenerativa era apuntalar un modo de ser **tradicionalista**, basado en la conservación de las esencias patrias. Ya en junio de 1904 escribió que el nacionalismo pretendía vigorizar la vida de Euzkadi “mediante la conservación, depuración y desarrollo de los factores de su personalidad” . En este sentido, acusó a las formaciones políticas tradicionalistas y liberales de distraer la atención del pueblo, abandonando “la casa vasca” por completo.

Su tradicionalismo social se sustentaba en un **modelo ruralista** de la vida vasca, un modelo asociado a valores como los del apego a la casa vasca, la nobleza o hidalguía universal de todas las gentes vascas (un concepto que deriva de teorías medievales como las del tubalismo o vascoiberismo), la querencia por el derecho consuetudinario (usos y costumbres) o la familia como célula básica de la sociedad y base fundamental del sistema democrático vasco. Para él, las características de la democracia vasca se encontraban por encima de otros modelos democráticos como el inglés (desechaba la idea de que Inglaterra fuera la cuna de la libertad política europea).

La visión ruralista de Aranzadi lleva a este a considerar a las grandes ciudades como difusoras del mal, arreligiosas, liberales y cosmopolitas. Y, por ejemplo, como consecuencia de las nuevas costumbres que se van asimilando por efecto del cada vez más numeroso veraneo, nuestro escritor califica a Donosti como la “bella ciudad convertida en casa de placer y pudridero de Gipuzkoa”.

**El antimaketismo** o rechazo de lo foráneo como factor de corrupción de la sociedad vasca es otro de los aspectos en los que Aranzadi coincide plenamente con Arana Goiri. No estamos hablando de consideración de la raza vasca como superior a las demás, sino de recusación de unas costumbres y formas de vida que él considera como ajenas y que entiende estaban socavando las esencias del pueblo vasco. Aranzadi entendía que el “exotismo” español corrompía el cristianismo primigenio del pueblo vasco.

En su acción política, y a diferencia de lo que opinaba Sabino, Aranzadi apostó por la vía de la **moderación y la flexibilidad** a la hora de obtener cotas de autogobierno, estableciendo así una

de las señas de identidad de las que el PNV ha hecho gala en la mayor parte de su historia: el gradualismo. Un gradualismo que, a modo de símil montañero, Xabier Arzalluz ejemplificó en la frase de que “a la cima se llega dando vueltas”. En este sentido, Aranzadi fue uno de los máximos defensores del concepto de reintegración foral basado en la derogación de la ley de 1839, una fórmula de consenso que un año después de la muerte del fundador – “El día más triste que conoció Euskadi desde el 25 de octubre de 1839” diría Aranzadi– sirvió de nexo de unión entre los sectores independentistas y autonomistas del Partido.

Para el donostiarra, dicha ley tenía una importancia crucial en la historia contemporánea vasca “porque cuantas exacciones y desafueros han padecido los vascos peninsulares, han sido perpetrados, invocando, lógicamente, la “unidad española” establecida en la ley 25 de 1839”.

Aranzadi, tomando como base dicho sistema político, construyó un relato argumental, ciertamente idealizado, de igualdad y ausencia de clases sociales, que acreditaba la independencia económica, militar y legislativa de Gipuzkoa a lo largo de la historia: firma de tratados internacionales, ejército propio no obligado a defender la integridad territorial de Castilla ni servir en la Armada española, y reyes que sólo ejercían sus limitadas facultades en calidad tan solo de señores etc. Y hablaba de Gipuzkoa porque para él, “no había duda alguna sobre la condición independiente de Alaba, Bizkaia y Navarra”.

Su ideario, otorgaba máxima prioridad, por encima incluso de la consecución de objetivos de autogobierno a fortalecer la **personalidad nacional vasca**. Para el autor de “Ereintza”, entre el ser y el modo de ser de la raza, lo primero era lo esencial: “La independencia es un modo de ser, pero una modalidad nunca podrá ser el fin último. Sobre todos los modos de ser está el ser de la nación. Esto no quiere decir que se pueda renunciar a la libertad. Eso nunca, Ni tiene un partido, ni una generación entera, poder bastante para arrebatarse a su nacionalidad, la soberana facultad de disponer de sí misma”.

En 1908 detallaba así esta idea: “Tender a la independencia, teniendo abandonadas las características de la nación y su cultura y la vida misma de la raza, es también empeño insensato”.

Como señala Castells, el objetivo principal del movimiento abertzale sería el de “lograr la hegemonía en la sociedad a través de la propagación de la cultura nacionalista”. Fue una estrategia exitosa que llevó a que el PNV presidiera en el periodo 1917–1918 la Diputación de Bizkaia (Ramón de la Sota Aburto), la alcaldía de Bilbao y a que en este territorio obtuviera 5 de los 6 diputados en las elecciones generales y los tres senadores (una de ellos, Arturo Campión). Además, obtuvo concejales en Gipuzkoa y en la capital navarra.

Sin embargo, esta primacía de la nacionalización vasca no implicó que Aranzadi fuera ambiguo respecto al estatus de libertad política que Euzkadi debería alcanzar. Así, en la hipótesis de que se derogara la ley de 1839, aquella que “confirmaba los fueros de las provincias Vascongadas y Navarra sin perjuicio de la unidad constitucional”, Aranzadi optaría por restaurar el viejo régimen foral, hecho éste que implicaba una renuncia a la tesis independentista clásica de creación de un único Estado soberano.

Ahora bien, teniendo en cuenta que en las primeras décadas del siglo XX la propuesta de restauración foral resultaba utópica, su pragmatismo político se inclinaba por lograr metas de profundización autonómica. En 1921, en pleno escenario de confrontación con los sectores independentistas liderados por Eli Gallastegi, manifestó que la Comunidad Nacionalista Vasca (nombre del partido desde 1916) nunca había sido separatista. En contra de lo que se pueda pensar, el término “comunidad” no tenía originalmente una significación religiosa si no que respondía a la idea de dirigir un amplio programa que englobara todas las esferas sociales (un

partido-comunidad interclasista). Un planteamiento que años después José Antonio Agirre ilustraría con la expresión “un pueblo en marcha”

Durante la II República y después de que el conocido como Estatuto de Estella decayera, Aranzadi se mostró partidario del nuevo proyecto impulsado por las Gestoras de las Diputaciones provinciales, estimando que “nos aproxima de modo fantástico al término de la libertad nacional”. El pragmatismo de esta posición resultaba más que evidente ya que el nuevo texto autonómico había eliminado cualquier referencia a la asunción por parte del futuro Estado Vasco de las competencias relativas al establecimiento de relaciones con el Vaticano.

En las elecciones generales de febrero de 1936, cita electoral en la que el PNV se presentó en solitario, el periodista donostiarra tuvo un papel destacadísimo en los mensajes propagandísticos del partido como fuerza antimarxista y antirrevolucionaria. Y ya en plena guerra civil, Aranzadi, a pesar de la reivindicación católica de los insurgentes, se alineó con las tesis oficiales del Partido de defensa del régimen republicano. Y lo expresaba así: “Los nacionalistas no se han unido con las izquierdas. Son las derechas españolas las que han unido en la misma amenaza de muerte al nacionalismo vasco y a las izquierdas. Estamos condenados a muerte, izquierdas y nacionalistas por el mismo verdugo, el derechismo español”.

En el plano internacional, Aranzadi era anglófilo, una anglofilia ratificaba además por su profundo conocimiento sobre la historia de Inglaterra a la que dedicó un amplio capítulo en su obra “La Casa solar vasca”. Dicha posición, le granjeó la enemistad con Luis Arana con ocasión de la I Guerra Mundial por la postura favorable del donostiarra a la causa de los aliados frente a la germanofilia que profesaba el bilbaíno. La posición de Aranzadi tenía relación con su visión antiimperialista y defensora del principio de las nacionalidades.

En cualquier caso, su anglofilia no le privó de defender el derecho del pueblo irlandés a la independencia, manifestándose a favor, en el contexto del alzamiento independentista de 1916, de que los irlandeses alcanzasen dicho objetivo por procedimientos gradualistas y no violentos.

Todos los aquí expresados, son algunos de los principios definidores de la ideología de quien sin duda fue el principal exponente del nacionalismo vasco desde la muerte de Arana Goiri (Aranzadi no asistió a su funeral ya que su hija, gravemente enferma, falleció 3 días después) hasta la década de los años treinta. Pero más allá de todos estos componentes ideológicos, lo verdaderamente reseñable es la extraordinaria labor que Aranzadi realizó por consolidar y difundir la idea nacional vasca. En dicha ingente tarea, Aranzadi se nos presenta como un gran valiente al que no arredran los problemas económicos y personales, un intelectual tímido que huyó de la vanidad como de la peste y soportó los dolientes episodios de crítica del “Maestro” sin que su admiración por Sabino se viera afectada. Un hombre que acompañado de la entereza de Andrés de Urbía, Basojaun, Andola o Lartaun (sus seudónimos) demostró con extraordinario olfato político que el pragmatismo era la mejor vía para asentar los principios ideológicos.

Erein eta erein, sembrar y sembrar fue el leit motiv de Engracio Aranzadi. Salvando las distancias, y por supuesto, la capacidad intelectual, aspecto éste en el que estoy en clarísima desventaja, ese también ha sido mi propósito en esta charla: sembrar para que el roble siga creciendo y sembrar para que no olvidemos a uno de los personajes clave en la lucha por la consecución de nuestra libertad nacional. No creo que los vascos constituyamos, como decía Kizkitza, una nacionalidad perfecta, pero sí creo, en esta frase que, según Don Engracio Aranzadi, entonó aquel joven de espíritu gigante, de corazón seráfico que, penetrando con genial mirada en las entrañas del problema vasco, dio con la gran idea de la nacionalidad vasca: “Euzkadi es la patria de los vascos”.

Mila esker guztioi.